

LETRAS Y

FILOSOFIA

Marco Fidel Suárez, servidor de la verdad

Por Monseñor JOSE VICENTE CASTRO SILVA

Elogio hecho en la Catedral Primada el día 23 de abril del presente año, con ocasión del primer centenario del nacimiento del señor Suárez.

Es posible que haya una diferencia entre la conmemoración centenaria de la muerte de un varón insigne y el festejo secular de su nacimiento. Al parecer, aquella es una renovación del duelo inmediato que hacen las gentes sobrecogidas por la desaparición, casi siempre inopinada, de un hombre en quien se concentraron la admiración, la esperanza o el amor de sus contemporáneos. Predomina entonces un sentimiento de desolación, se afligen las almas al golpe de una pérdida irreparable, y la conciencia de este dolor es el primero y acaso el más espontáneo homenaje a la grandeza del que se ausentó para siempre. Mas cuando se celebra el nacimiento del que había de ser, andando el tiempo, glorioso por sus méritos, ejemplar por sus virtudes e ilustre por su sabiduría, parece que las mentes atienden al contraste misterioso de una vida inerte que apenas apunta, con la plenitud colmada de una existencia que por sus pasos se acrecienta. Y si, como aconteció con el señor don Marco Fidel Suárez aquel orto y albor de la vida fue señaladamente humilde, silencioso e ignorado, el ánimo se apresura a cotejar, no sin pasmo, esos comienzos destituidos de lustre con los sucesivos tributos de honor y exaltación que a poder de merecimientos supo conquistar aquella niñez desvalida cuyo primer domicilio fue un tugurio pajizo y cuyo abrigo postrimero vino a ser la majestad de la República.

Al celebrar el centenario de la muerte de un prócer los hombres rememoran toda una vida hermosamente lograda, la proponen a la

justa admiración común y la archivan solemnemente en el santuario de las riquezas intelectuales y morales con que se ufana la patria; y al celebrar el centenario de un nacimiento, sobre todo si la mayor humildad lo circunda, se reverencia aquel principio de no sospechadas excelsitudes, se hace acto de fe en la magnificencia de las posibilidades que se albergan en una criatura, se afirma la inaudita fecundidad del cultivo tenaz y abnegado de las potencias espirituales, y por el mismo caso se abre amplio camino a los nobles anhelos y se erige como símbolo y como estímulo esa misma infancia que en los ojos humanos fue, como lo son tantas otras, insignificante y desamparada, y en los ojos de Dios era, como pueden serlo otras vidas, la simiente predestinada que sumándose a la libre y voluntaria cooperación humana la hace capaz de prorrumpir en múltiples grandezas.

Son también estos festejos seculares señal decisiva de que los merecimientos de Marco Fidel Suárez son tales que han salido victoriosos en la contienda implacable y silente que el tiempo tiene empeñada con las obras humanas. El paso de un día es un velo impalpable que envuelve nuestras vidas, y va sepultando sus recuerdos, velo tan tenue y traslúcido que, al parecer, no le roba claridad ni apariencia; pero incansable y sucesivamente otros y otros velos menos diáfanos van acumulándose de suerte que al cabo se esfuman las diferencias, sobreviene la confusión, y del hombre y de sus hechos y obras que un día fueron asunto de apasionada exégesis o fueron aquí signo de alianza y allí signo de contradicción, no queda talvez sino un nombre, naufrago en el mar de las remembranzas históricas. Pero hay algunas vidas de tan rara energía, de temple tan firme, de tanta prestancia moral, de magisterio tan bien definido, y de tan poderoso influjo público y privado, que a través de todas las sombras y mantos que el tiempo arroja sobre ellas, guardan incólumes su eminencia y se hacen reconocer por lo que son. Así, entre el cristal opaco de las aguas se confunden unos con otros los cuerpos inertes y desmadejados, pero se distingue el escorzo del que con miembros dinámicos supera y vence la flúida pesadumbre. Así la estatua cuya esplendidez original oscurecieron las mutilaciones (imágen de las mermas que los años hacen sufrir a la memoria de los hombres) conserva líneas y ademanes inconfundibles y permanentemente evocadores de la soberana expresión que hace siglos rindió los ánimos y aprisionó los ojos.

Y así, señores, es la vida de Marco Fidel Suárez, servidor de la verdad, austero seguidor de los dictámenes de la conciencia, mantene-

dor vigilante de la convicción religiosa y moral que fue su estrella directriz. Podrá el tiempo despojar su figura de muchos accidentes que nos habilitarian para conocerle más cabalmente, pero no podrá quitarle el aspecto de abnegada entereza y de perseverante inteligencia con que se aplicó a pulir y acendrar ora la doctrina inmutable reguladora íntima de las vidas humanas, ora el cambiante desarrollo de los principios que imperan en las ciencias sociales, tan hermanadas con las filosóficas y literarias. Pudieron las adversidades traer amargura a muchas horas de su vida, pero no lograron atajar la dedicación estudiosa y la investigación diligente que puso al servicio de las ideas trascendentales.

Quiere decir esto que para el señor Suárez nada hubo tan urgente ni tan digno de solicitud ahincada como el culto de la verdad. Hacia ella se encaminaron sus pasos sin la menor vacilación en todos los campos que se ofrecieron a su actividad, y bien parece que en sus oídos resonó siempre como admonición apremiante aquella palabra del Evangelio: "La Verdad os hará libres", que no es sino un eco vibrante y una consecuencia lógica de la afirmación primordial de Jesucristo Redentor y Maestro: "Yo soy el camino, la verdad y la vida."

El que busca la verdad, busca la intrínseca realidad de las cosas, el secreto del sér que se oculta bajo las apariencias inconsistentes y efímeras, lo que persiste incólume y dominador aún en medio de circunstancias que se tuercen y se modifican de una luz a otra luz. Buscar la verdad es hacerse cargo de las inevitables flaquezas, de las dolorosas ignorancias, de los desvíos luctuosos que aflijen a los hombres, y venciendo esta maraña de imperfección, enderezar el rumbo hacia las leyes eternas y absolutas, hacia la justicia inmanente, hacia la armonía estable y final que no por ser remota deja de ser ciertísima y dominadora. Buscar la verdad es trajinar por este valle hondo y oscuro, poblado de asechanzas, desengaños e ilusiones, pero conservando en el alma la serenidad que fluye de un punto luminoso, resplandeciente en alturas inaccesibles, y buscar la verdad, es, en fin, moderar los duelos y sojuzgar las ambiciones de este mundo con la evidencia bienaventurada de la paz sustantiva y perdurable.

Servidor de la verdad, el señor Suárez afianzó su espíritu en el dominio de los valores absolutos y por eso buena parte de su obra quedó tocada de inmortalidad. A diferencia de aquellos que aceptan de buen grado que este universo físico se rija por leyes fijas e inmu-

tables que no es posible violar impunemente, pero que rehusan admitir que el universo moral e inteligente, social y político tenga también sus normas y principios que cuando no se observan libremente acarrear desolación y ruina infaustas, a diferencia digo, de los que así quiebran el orden esencial de las cosas, el señor Suárez se acogió sin restricciones a la doctrina cristiana que pone al hombre —así habla la Escritura— en manos de su propio consejo y lo hace artifice de su propia excelcitud a condición de que reconozca y cumpla la ley de su naturaleza, que si por una parte es destello de la razón divina por otra aparece singularmente corroborada y enaltecida por Jesucristo legislador. Linaje es este de verdad fundamental, fuera de la cual y en los pueblos que la repudian, no existe —en frase de Suárez— sino el influjo póstumo de sus antiguas inspiraciones, y tanteos estériles, vaivenes y oscilaciones temerarias que resultan completamente estériles o decididamente fatales cuando tratan de guiarse por un faro distinto de la estrella de Belén.

Apenas esbozada esta verdad altísima que tuvo tan gran parte en la formación del carácter del señor Suárez y alienta en casi todos sus escritos, recordemos con Gómez Restrepo, que si como político fue combatido, como hombre de letras, como sagaz escudriñador de la lengua castellana y de sus modalidades colombianas alcanzó el sufragio unánime de sus compatriotas y vivió rodeado del general respeto. Desaparecidos Caro y Cuervo, Suárez ocupó el primer puesto entre los literatos de Colombia y se mostró digno de la herencia de esos dos grandes maestros con quienes tuvo muchas afinidades. Como ellos, se distinguió por el cultivo profundo de la filología y quizá no ha habido quien le supere en la investigación, sutilísima es cierto pero nunca arbitraria, de las leyes rectoras del idioma y de los arcanos que encierran las palabras, así sean las de mayor cortesanía y atildamiento como las más triviales y desestimadas, o las que han sufrido con el uso maltrato o desafuero insignes. Y pensará alguno que esta curiosidad y este celo con que el señor Suárez miró por la corrección y abolengo del idioma, siendo como son tarea laudable y meritoria, no entrañan singular excelencia ni pasan de ser una peregrina afición y un entretenimiento para pocos. Mas no es así, por cuanto la ciencia del lenguaje “aunque no tiene que ver con los fenómenos ponderables y mensurables de la materia, aunque no trace reglas que guíen hacia los medros inmediatos, sí trata del más maravilloso de los hechos de la naturaleza, cual es la palabra, vínculo que liga el mun-

do material con el espiritual, exhibiendo a un mismo tiempo los efectos de la vida y los misterios del alma”. Y no es, no, la palabra mera articulación volandera, rasgo caprichoso, o signo mecánico, sino vehículo del pensamiento que es preciso cuidar con esmero para que sea digno de la verdad que acarrea y disemina. Como se desmejora la moneda cuando anuncia un valor que en realidad no tiene, así puede engañar la palabra cuando nombra falsamente las cosas, por lo cual se registran en el Evangelio un mandato sobre la limpieza y exactitud de las palabras, y una prevención contra la reprochable ociosidad de su empleo. Si el primor del lenguaje tuvo en el señor Suárez un defensor perspicaz y constante, no fue porque se deleitara en minucias y escrúpulos de corto alcance sino porque estimaba que la palabra, como encarnación y reverberación musical que es de las ideas, reclama, para sí respeto y destreza proporcionados o análogos a la técnica y finura con que se ha de prosperar el pensamiento. Sabía además el señor Suárez que las leyes del lenguaje parten límites con la lógica eterna de la inteligencia, por lo cual decía Fray Luis de León: “Miraos muy bien antes de hablar, porque el hablar nace del entender: y las palabras no son sino como imágenes y señales de lo que el ánimo concibe en sí mismo.”

Yo estoy persuadido a que los desvelos filológicos del señor Suárez tenían más de un entronque con los sentimientos hondamente religiosos que siempre fueron suyos. Porque no es paradójico sino muy posible que quien se avvicina a las reconditeces del verbo humano, como se allegó Juan el de Patmos, en un orden infinitamente superior, a los misterios del Verbo Esencial, regrese de allá con el ánimo atentísimo a justipreciar y compasar estos vocablos en que el pensamiento y la emoción se hacen sonido y escritura. La veneración que lo uno le merece tiene que alcanzar a lo otro, y si me fuera lícito alterar una frase consagrada, me atravesaría a decir que quien ha oído la celeste armonía de las ideas santas está obligado a concertar con ella la humana música de las palabras.

Servidor de la verdad en el campo de las letras el señor Suárez lo fue también como internacionalista. Valiéndome aquí de las palabras de un ilustre contemporáneo, advertiré que el derecho de gentes, que Suárez cortejaba con pasión de filósofo y con entusiasmo de erudito no se le mostró nunca como una simple disciplina terrestre orientada hacia los beneficios inmediatos, sino como una actividad o empresa netamente cristiana. “Porque cristiano es el empeño de lo-

grar una concordia universal y una solidaridad trascendente, y cristiano es el anhelo de limar y reducir las asperezas que provocan las ambiciones encontradas, enmendar los tropiezos que nacen al calor de los apetitos desgobernados, y mantener la justicia dándole por cimiento la moral.

Si el derecho internacional apuntó en la mente de los teólogos (como lo fueron Vitoria y Francisco Suárez) antes que alumbrara en la inteligencia de los estadistas, qué, mucho que Suárez diplomático, peritísimo en estudios de índole, “sacara también de los mismos principios la fortaleza de su anhelo, y que de la noción universalista del pensamiento cristiano dedujera las fórmulas que dieron lustre a sus hazañas diplomáticas?” (1). Alguna vez aludía el señor Suárez a una observación que —decía entonces— se me ofrece cada día más clara. Ella es la necesidad del cristianismo como única base suficiente de legislación y de justicia, necesidad que va entrando en el campo de las verdades experimentales. En efecto, la teoría que sobrepone la violencia al derecho, tiene todos los caracteres de un duelo entre el paganismo y el cristianismo, porque el derecho no se concibe sin la igualdad jurídica de los hombres y sin la igualdad jurídica de las naciones, y esa igualdad no es posible sin la fraternidad humana, la cual tiene que fundarse en la dependencia del hombre respecto del Padre Celestial.

Ved ahora cómo se aquilata esta enseñanza para troquelarse en dos sentencias tan diáfanas como consistentes: “La ley de las naciones, o sea el *jus gentium* que regula los derechos y obligaciones entre los Estados, y cuya fuente es la ley eterna, columbrada por las sociedades antiguas e iluminada por el sol del cristianismo, es base del tratado mutuo de los pueblos y condición de su prosperidad. Esa ley internacional se compone de los dictados inmutables de la justicia, de los consejos de la conveniencia, y de las obligaciones positivas impuestas por la legislación y los tratados, todo lo cual hace efectivos los tratados no menos que la comodidad recíproca.

De la misma manera que los sentimientos que corresponden a las relaciones del género humano consienten una gradación de efectos que abarcan la caridad universal, el amor patrio, los afectos regionales y los afectos domésticos, así las relaciones de los Estados consienten una escala, no de derechos (que son y deben ser iguales), pero sí de consideraciones y de cristiano entendimiento.”

(1) Mosquera Garcés. Prol.

Sobre este cimiento de razón perspicua asentó el señor Suárez dos ideales predilectos. Uno fue el de la *armonía boliviana*, otro el que se condensó en el lema *respice polum*.

Y tanta es la entraña de estas fórmulas, que “traspasaron los linderos patrios y, acogidos por extranjeros reconocidamente doctos en cuestiones internacionales, lograron un elogio unánime y fervoroso para el autor de aquella norma de paz y de concordia americana”.

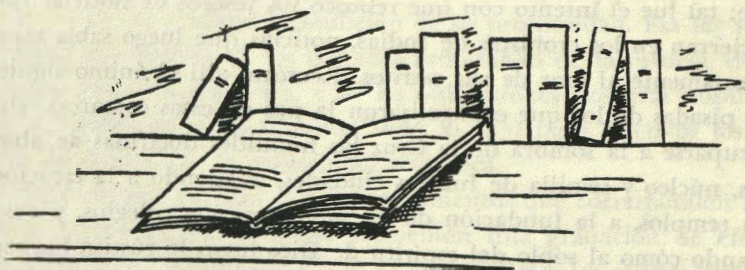
Servidor de la verdad lo fue asimismo el señor Suárez cuando en muchas ocasiones salió armado de saber y de mesura a la defensa de la Iglesia, o le ofrendó elocuentísimas oraciones en fervorosa alabanza y confesión del dogma católico. Pero, descontando estas muestras singularísimas de ingenio y de piedad, visiones de lo eterno emancipadas de toda congoja y tribulación terrestres, podría afirmarse que en los miles de páginas que brotaron de la pluma del señor Suárez y no obstante la pasmosa variedad de temas que dilucidó con tanta novedad como competencia, no hay quizá ni una sola en que no se haga sentir, a veces con ímpetu deliberado, a veces como entre sombras y alusiones, el afán de exhibir la doctrina católica como fundamento necesario de la vida privada y de la bienandanza pública. La historia le ofrecía aquí admirables recursos, y a este campo que dominó con esclarecida maestría y con originalidad que embelesa, si le convidó el amor a su tierra y a su gente, le llevó principalmente el amor a la religión. Estudiar el trasplante, digamos así, de la fe cristiana a estas regiones, seguir paso a paso sus progresos, hacer recuento de sus beneficios, rastrear los orígenes de todas aquellas instituciones de educación y caridad que florecieron a su amparo, y así, con el testimonio de los hechos, justificar al catolicismo de los cargos que suelen hacerse; tal fue el intento con que rebuscó los tesoros de noticias que se encierran en los cronistas de Indias, noticias que luego sabía esparcir galanamente al azar de sus escritos. Recréase allí el ánimo siguiendo las pisadas de los que evangelizaron la paz en estas comarcas, viendo agruparse a la sombra de la Cruz las humildes doctrinas de aborígenes, núcleo y semilla de futuras ciudades, asistiendo a la creación de los templos, a la fundación de los monasterios y colegios, y contemplando cómo al soplo del espíritu de Dios huyó la rústica barbarie y cedió el puesto a la civilización cristiana, creadora y educadora de esta patria.

La vida y la actividad del señor Suárez no son, bien lo sabéis, de las que pueden abreviarse en un elogio somero y ocasional. Dejemos

su estudio a los peritos que en lo presente y en lo futuro hacen y harán caudal de sus enseñanzas, y ya que lo he llamado *servidor de la verdad* permitidme que recuerde aquí el momento augusto en que Marco Fidel Suárez se puso en presencia de Jesucristo, Verdad eterna y redentora.

Muchos años de meditaciones, dice Gómez Restrepo, se condensan en esa oración, vaso alabastrino donde se juntaron las gotas de una esencia soberana destiladas al fuego de un amor tembloroso ante la majestad de Dios y confiado en el misterio de la compasión infinita. La pompa de los períodos clásicos y la concisión de que se visten los instantes supremos, el arcano que se abrigó bajo las misteriosas techumbres medioevales y la limpia y enternecedora claridad que se alberga en la timidez de los ojos inocentes, el atrevimiento amoroso de esta ceniza humana que, tocada por la mano del Omnipotente, empareja con la Divinidad, los primores de la erudición y las delicadezas del ingenio, todo se fundió allí para abatirse en homenaje luminoso y fragante a los pies del Redentor.

Corriendo los tiempos podrán mudarse muchos juicios y opiniones acerca del señor Suárez, pero cuando llegaran a olvidarse todos sus merecimientos, siempre le hallaríamos glorioso, perpetuando su coloquio con Jesucristo en cuya presencia olvidó el rumor de las borrascas del alma y de cuya misericordia recibió un galardón de persistencia indefinida que confina con las edades inmortales.



La Libertad, fundamento de la responsabilidad

Por MARCO TULLIO CRUZ DIAZ, Pbro.

I

Angustiado Sócrates por el sinnúmero de perniciosas ridiculeces a que había llegado el estudio de la filosofía en tiempo de los sofistas, dirigió su mirada hacia un campo hasta el momento inescrutado por los hombres: hacia la intimidad de la conciencia. Solía repetir esta sentencia: "Dejad a los dioses el cuidado del mundo." La conducta del hombre iba a ser considerada en adelante como objeto de la filosofía. Y así tenía que ser, pues al modo que la Lógica estudia los "entes de razón"; la Cosmología analiza la naturaleza de la materia y sus propiedades esenciales; la Sicología considera la vida en sus últimas causas; y la Teodicea eleva la mente humana hasta donde sus capacidades se lo permiten para tratar de barruntar algo acerca de Dios; así también la Etica tiene por finalidad el estudio de una clase de "entes" característicos, "los entes morales", o sea, las acciones del hombre en *cuanto son buenas o malas*, a la luz de la simple razón.

Dejemos por un momento el cuidado del mundo exterior, su economía, industrias, paz, guerra, etc. y adentrémonos en el mundo misterioso de nuestro interior para hacer unas reflexiones sobre un punto de gran interés, que muy a menudo debe recordarse, pues es el guión insustituible que regula nuestra conducta: la libertad como fundamento de la responsabilidad moral en el hombre.

Etimológicamente *responsabilidad* es palabra que proviene del latín: *responsum-respuesta*. Esto es, la respuesta o cuenta que el ser humano ha de dar de sus propios actos.

Podría definirse más adecuadamente, atendiendo a su significado real, como la "relación que liga al agente libre con los actos que de él dependen". Tiene como correlativa, de parte del acto mismo la noción de *imputabilidad*, que es la "propiedad de un acto; en vir-